

XXVII. ORACION DE LAS HORAS

8 de agosto de 1987

Muy queridos todos en SM:

Tengo en mis manos el primero de los cuatro volúmenes de un libro cuyo título reza así: *Oficio Divino reformado por mandato del Concilio Vaticano II y promulgado por su Santidad el Papa Pablo VI: Liturgia de las Horas según el Rito Romano*. En resumidas cuentas, se trata del nuevo Oficio Divino o Liturgia de las Horas que suplanta al Breviario Romano.

Pero, ¿qué significa este doble título? ¿Cuál es o cuáles son las formas previas que han sido reformadas o suplantadas? ¿Hay lugar en nuestras vidas para el Oficio Divino? Las respuestas a estas preguntas y otras similares podrían ser el contenido de esta carta.

En realidad voy a responder solamente al primero y al último de los interrogantes planteados. El segundo nos llevaría a revisar la historia del Oficio Divino en la Iglesia latina; tendríamos que remontarnos al menos hasta el siglo IV a fin de avanzar luego hasta nuestros días. Sería una peregrinación interesante, pero no me parece que sea hoy el día de hacerla.

La Liturgia de las Horas, sus características

Como ya se están dando cuenta, les estoy presentando una segunda forma de *oración litúrgica* íntimamente relacionada con la celebración eucarística. Podrán sopesar su importancia si recuerdan que los dos pilares de la oración cristiana son, precisamente, la liturgia y la Escritura.

La Liturgia de las Horas se recomienda sola. Su excelencia se fundamenta en su misma naturaleza y en sus principales *características*.

- Es propiamente dialogal, reúne en sí la escucha de la Palabra y la respuesta, basada también ésta en la misma Palabra divina.
- Responde a las exigencias humanas de una oración comunitaria y personal a la vez, en un clima celebrativo o de fiesta.
- Simboliza y sacramentaliza toda la vida concebida y consagrada como ofrenda a Dios, prepara y prolonga el sacrificio eucarístico de alabanza y acción de gracias.
- Manifiesta y expresa todas las actitudes, motivos y formas que puede tomar la oración individual y grupal.
- Es fundamentalmente bíblica, es decir: histórica, cristológica, humana y pascual; además: se nutre en la tradición patristica y cúltica de la Iglesia; está animada por el Espíritu y es portadora de la eficacia propia de toda acción conjunta de Cristo y su Iglesia.

Su renovada importancia eclesial

Todo esto explica por qué el Magisterio de todos los tiempos la ha *recomendado* con tanta insistencia y cantado sus alabanzas en todos los tonos. Los Padres conciliares decían años atrás:

“Procuren los pastores de almas que las Horas principales, especialmente las vísperas, se celebren comunitariamente en la Iglesia los domingos y fiestas más solemnes. Se recomienda

asimismo que los laicos recen el Oficio Divino, o con los sacerdotes, o reunidos entre sí, o incluso en particular” (*Sacrosanctum concilium*, 100; cf. *Apostolicam actuositatem*, 11).

Y a esta voz del Concilio se unieron, en diferentes oportunidades, las voces de Pablo VI y Juan Pablo II (cf. *Marialis Cultus*, 53-54; *Familiaris consortio*, 61). Hasta en el Código de Derecho Canónico leemos: “Se invita encarecidamente también a los demás fieles a que, según las circunstancias, participen en la Liturgia de las Horas, puesto que es acción de la Iglesia” (cf. 1174.2).

De hecho, en la reciente reforma “se dispuso y ordenó el Oficio de manera que, siendo como es la oración de todo el Pueblo de Dios, pueden participar en él no sólo los clérigos, sino también los religiosos y aun los laicos” (Pablo VI, *Laudis cánticum*). Por eso, “es sumamente deseable que la Liturgia de las Horas penetre en la profundidad de todas las oraciones cristianas, convirtiéndose en alma, norma y expresión de las mismas, y en alimento nutritivo de la vida espiritual del Pueblo de Dios” (*Idem, ibid.*).

Todo lo que yo podría decirles sobre el Oficio Divino lo pueden encontrar más prolija y hermosamente dicho en el documento papal que presenta el Oficio renovado. Se encuentra, a modo de introducción, en el primer volumen ya mencionado. Se lo conoce con este título: Ordenación general de la Liturgia de las Horas (=OGLH). Me abrevaré de esta inagotable fuente a fin de no matarlos con mi propia perorata.

Mi propósito es triple: ayudarles a conocer, amar y practicar la Liturgia de las Horas. En más detalle:

- *Conocerla*: como celebración litúrgica de la Iglesia que adora y alaba al Padre por Cristo en el Espíritu y es santificada por Ellos; como oración de Cristo y su Iglesia que prolonga la eucaristía, santifica el tiempo y la existencia y edifica la comunidad.
- *Amarla*: como posibilidad de encuentro con Dios y contemplación de su Persona y misterio; como enamoramiento de la fe que permite pregonar lo esperado.
- *Practicarla*: como oración de la Iglesia y, por lo mismo, nuestra y mía; como canto de la Esposa que ha recibido del mismo Dios las palabras que le agrada escuchar.

1. CONOCER

Dado que no se ama lo que se desconoce, comencemos por conocer la Liturgia de las Horas, llamada también Oficio Divino.

Cuando el hombre descubre su *creaturidad* halla al mismo tiempo su fundamental relación y orientación hacia Dios. Surge entonces en él el deseo de conocerlo, amarlo y adherirse a Él; la necesidad de obedecerle, alabarle y darle gracias. Y todos estos sentimientos y actitudes religiosas encuentran su manifestación en variadas expresiones de culto; y dando así culto, cultiva el hombre su relación con Dios.

Nosotros, cristianos, sabemos que Dios es Amor y que se ha revelado en la historia mediante hechos y palabras. La historia se ha convertido de este modo en *historia de salvación*. El fin u objetivo de esta intervención divina y presencia de Dios es permitir que los hombres participemos de la vida eterna que es la vida misma de Dios.

La historia de salvación alcanza su cumbre en Cristo Salvador. Más propiamente, en el misterio de su pascua, en su pasión, muerte, resurrección y ascensión gloriosa. Mediante este *misterio pascual* se realiza la redención humana y la glorificación de Dios, y el culto divino alcanza su más alta perfección.

Jesucristo prolonga su misterio pascual en el tiempo por medio de su *Iglesia*. Presente en medio de ella, hecho uno con ella en su Espíritu, comunica vida a los hombres a lo largo de toda la historia humana y glorifica asimismo al Padre eterno.

Naturaleza de la liturgia

Esta presencia glorificante y santificante de Cristo en su Iglesia es particularmente intensa en las *celebraciones litúrgicas*, sobre todo en el banquete y sacrificio eucarístico.

“Con razón, pues, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y cada uno a su manera realiza la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público e íntegro” (*Sacrosanctum concilium*, 7; cf. 5-6).

Cristo, Sumo Pontífice de la Nueva Alianza, tendido como un puente entre Dios y nosotros, tributa gloria al Padre y efectúa nuestra salvación (Cf. Heb. 5). Nuestra liturgia terrena es pregueto y participación en la liturgia celestial; allí Cristo, sentado a la derecha del Padre, intercede por nosotros y canta con María y todos los ángeles y santos el himno de gloria y alabanza sin fin (Cf. OGLH, 15-17).

Espero que los párrafos precedentes nos sirvan de ambientación para comprender la Liturgia de las Horas. Y de ella quiero hablarles ahora.

Naturaleza de la Liturgia de las Horas

El nombre Oficio Divino proviene del latín: *officium divinum*. Con estos términos la Iglesia antigua designaba cualquier acción cúllica. Con el correr del tiempo, pasó a designar específicamente la oración litúrgica.

Hoy, cuando decimos Oficio Divino, entendemos una celebración eclesial de oración distribuida a lo largo de la jornada u horas del día. Es decir, la Liturgia de las Horas.

Lo primero que hay que subrayar respecto a la Liturgia de las Horas es algo que se tiende a olvidar. ¡La Liturgia de las Horas es *celebración litúrgica*! Por consiguiente, al igual que las otras acciones litúrgicas, no es una acción privada, sino que pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, influye en él y lo manifiesta. Se entiende entonces por qué el Magisterio ha recomendado y recomienda siempre su celebración comunitaria (Cf. OGLH, 20-22; cf. 9,3).

El grado supremo de valor eclesial de la Liturgia de las Horas se produce cuando ésta es celebrada por una comunidad representativa de una Iglesia particular; o sea, por una asamblea presidida por su obispo rodeado de su presbiterio y comunidad diocesana. De esta forma todas las notas características de una celebración se encuentran en plenitud:

- Hay un *acontecimiento célebre* que origina la acción celebrativa; acontecimiento que se evoca, revive y hace presente en los gestos y palabras de los orantes. Este acontecimiento no es otro que el misterio pascual de Cristo, pero evocado en un aspecto peculiar: la intercesión y alabanza de Cristo glorioso en el santuario del cielo.
- Está presente una *comunidad y Cristo* en medio de ella, pues los congregados se encuentran reunidos en su Nombre. Cada uno ora para que todos oren y todos oran para que cada uno ore. El Oficio Divino facilita el diálogo entre Dios y el hombre en el seno de una comunidad en la que Cristo está presente.

- Se desarrolla una *acción celebrativa* que manifiesta y comunica el misterio celebrado. Las palabras, los gestos y las posturas, la participación diferenciada y toda la organización son los signos que manifiestan y realizan lo celebrado.
- Y todo se vive en un *clima festivo* realzado por el canto y la belleza; clima que estrecha los lazos comunitarios y suscita el espíritu de oración.

En cualquier celebración litúrgica el Padre, por Cristo, en el Espíritu, es glorificado y los hombres, por Ellos, santificados. Esta obra de la redención humana y glorificación de Dios la ejerce también Cristo con su Iglesia y en el Espíritu cuando se celebra la Liturgia de las Horas.

La santificación del tiempo

Durante la celebración del Oficio Divino se produce una eficaz y activa presencia del Salvador y su misterio de salvación. Esta irrupción de la salvación en la historia es, precisamente, la santificación del tiempo. El tiempo es santificado porque las personas, nosotros, que somos seres temporales y medida del tiempo, somos santificados. Quienes, ayudados por el Espíritu, se abren con docilidad a la obra de Cristo, reciben su gracia. Quienes, celebrando la alianza nueva, se comprometen con ella, son transformados en hijos de la alianza.

La celebración litúrgica de la eucaristía, memorial de la pascua del Señor, es el centro y cumbre de toda la vida cristiana. La Liturgia de las Horas extiende a las varias horas del día la presencia del Cristo eucarístico, la eficacia del sacrificio pascual, el pregusto del banquete eterno y el compromiso de la alianza. El sacrificio de alabanza eucarístico y el sacrificio espiritual del Oficio Divino, aunque son momentos litúrgicos diferentes y poseen estructuras diversas, tienen un mismo fin: la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

Ahora bien, la característica más palpable de la Liturgia de las Horas es estar constituida por *oración o plegaria*. El Oficio Divino celebra el misterio pascual mediante la oración. La oración es el medio de introducción en la gracia salvadora y santificadora de Cristo y es el medio de glorificación del Padre en el Espíritu.

Cualquier creatura humana, por el simple hecho de ser tal, debe reconocer y manifestar el dominio de su Creador. Y los hombres de todos los tiempos y en todos los lugares han hecho esto mediante la oración.

En Cristo el Orante

Siendo Cristo el único mediador entre Dios y los hombres, es también el Orante por excelencia. Existe, pues, una íntima relación de dependencia entre la oración de Cristo y la oración de todo el género humano.

Nuestra oración cristiana, propia de bautizados en Cristo, está íntima y profundamente ligada a la de Él. Nuestra oración es participación en la suya.

“La dignidad de la oración cristiana radica precisamente en que ella participa en la oración y en la piedad del único Hijo hacia el Padre, que Él expresó en su vida terrestre con palabras y que ahora también, en nombre y por la salvación de todo el género humano, continúa sin interrupción en la Iglesia y en todos sus miembros” (OGHL, 7; cf. 3-4).

La Iglesia es comunidad orante por su misma naturaleza. Y la unidad de la Iglesia orante la realiza el Espíritu Santo, que es el mismo en Cristo, en toda la Iglesia y en cada uno de los bautizados. El mismo Espíritu ayuda nuestra debilidad y ruega por nosotros con gemidos inefables. Como Espíritu del Hijo nos infunde el espíritu de adopción filial por el que clamamos: ¡Abba,

Padre! Por eso no puede darse ninguna oración cristiana sin la acción del Espíritu Santo que uniendo a toda la Iglesia nos dirige al Padre por el Hijo (Cf. OGLH, 8).

Orar siempre

El ejemplo y el precepto del Señor de orar siempre e insistentemente no es una mera regla legal, pertenece a nuestra íntima esencia cristiana. La Iglesia ha sido siempre fiel a sí misma y al mandato del Señor: “Es necesario orar siempre y no desfallecer” (Lc. 18:1; cf. Lc. 21:36; Rom. 12:12; Col. 3:2; Heb. 13:15). Y ha respondido, no sólo con la celebración eucarística, sino también con múltiples formas de oración, entre las que se destaca, por “una especial dignidad” (OGLH,9), la oración litúrgica y comunitaria, ya que el mismo Cristo dijo: “donde haya dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18:20).

Dedicando a la oración los momentos claves del día y de la propia existencia, todo el tiempo queda impregnado de plegaria, de alabanza, de intercesión, de súplica y de acción de gracias. La oración continua encuentra en la Liturgia de las Horas un punto de apoyo, una posibilidad de manifestación y una fuente de alimento para la fe, la esperanza y la caridad.

María y el Oficio Divino

Y agrego un dato más para que conozcamos todo lo que es necesario conocer. Ya les he escrito en otras oportunidades sobre la relación entre *María y la liturgia*. Lo vuelvo a hacer ahora, pero desde la perspectiva del Oficio Divino.

La relación entre María y la Liturgia de las Horas puede enfocarse desde tres ángulos diferentes:

- María, *objeto* de culto o contenido mariano del Oficio Divino (Cf. Pablo VI, *Marialis cultus*, 13).
- María, *modelo* de las actitudes propias de la oración litúrgica (Cf. *Idem, Ibid.*, 16-23).
- María, *orante* con Cristo y la Iglesia en la Liturgia de las Horas.

El tercer aspecto de los tres señalados es el que más me interesa subrayar, aunque sin olvidar los otros dos.

El principio fundamental es el siguiente: María está “unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo” (*Sacrosanctum concilium*, 103). Y si la liturgia es el “memorial”, actualización y representación de la obra salvífica de Cristo, se desprende como consecuencia que María tiene parte en este memorial. Esto es válido para cualquier celebración litúrgica, sobre todo para la eucaristía, y también para su extensión en la Liturgia de las Horas.

Además, Cristo “asocia siempre consigo, en la celebración litúrgica, a su amadísima esposa la Iglesia” (*Ibid.*, 7). Y ésta encuentra en María el “modelo extraordinario en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo, esto es, de aquella disposición interior con que la Iglesia, Esposa amadísima, estrechamente asociada a su Señor, lo invoca y por su medio rinde culto al Padre eterno” (*Marialis cultus*, 16).

Presencia de María en la liturgia celestial y terrenal

Pero, ¿cómo está presente María en la Liturgia de las Horas? La primera respuesta y la más sencilla es ésta: María está presente como aquella en quien el misterio pascual, celebrado en el Oficio Divino, ha logrado su más pleno cumplimiento; ella es la inmaculadamente redimida que respondió con todo su ser a la obra de la gracia divina.

Una segunda respuesta podría formularse así. Ella está presente como resucitada, a la derecha de Cristo, en el canto de alabanza e intercesión que resuena eternamente en la Jerusalén celestial. Y, en cuanto resucitada, vive una vida nueva no condicionada por el tiempo y el espacio; por consiguiente, presente en la liturgia celestial, no está ausente en la terrenal. Así como Cristo está siempre presente en medio de su Iglesia, sobre todo en la celebración litúrgica (Cf. *Sacrosanctum concilium*, 7), así también está presente María, indisolublemente unida a su Hijo.

Finalmente, me estoy preguntando, ¿qué es para mí el Oficio Divino luego de veinticinco años de celebración? Les comparto lo que a mí mismo me digo. La Liturgia de las Horas es la extensión, a lo largo del día, de la eucaristía cotidiana. En el Oficio Divino, Cristo sumo Sacerdote, su Espíritu y su Madre sacerdotal, toda su Iglesia y yo en ella, alabamos y agradecemos la gloria del padre e intercedemos santificadamente por todos los hombres por los siglos de los siglos.

2. AMAR

La liturgia, aunque no agota toda la actividad de la Iglesia, es la cumbre hacia la cual toda ella se orienta (Cf. *Sacrosanctum concilium*, 9-10). La Liturgia de las Horas, por su parte, es ese himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales: introducido en este mundo por el Verbo al hacerse hombre (*Ibid.*, 83), retorna al cielo con Jesucristo resucitado, enriquecido con nuevas melodías de gloria y vida.

Por consiguiente, el Oficio Divino no sólo es un medio, sino que, en su esencia, pertenece al orden de los fines; no es solamente un camino: es también destino y meta. En cuanto tal, puede ser *amado* por sí mismo y no sólo por su función mediadora hacia algo ulterior.

Para la comunión con Dios

Nuestra experiencia de Dios es inseparable de Cristo, de su Cuerpo Místico, de su Iglesia. Mi experiencia y la de cada uno de ustedes es participación en la experiencia de la Iglesia, participación en su fe, esperanza y caridad. Por consiguiente, la celebración eclesial de los misterios de la fe, la celebración litúrgica, es un *lugar privilegiado* de encuentro con Dios.

La oración es comunicación, relación, diálogo, encuentro y comunión con Dios. Y todo esto no lo vivimos en un plano meramente individual. La naturaleza social del hombre y el carácter comunitario de la salvación reclaman la dimensión eclesial de nuestra oración. La Liturgia de las Horas pone de manifiesto, posibilita y nutre, como ninguna otra forma de oración, esta comunicación y comunión con Dios y entre nosotros.

“En la Liturgia de las Horas se realiza la santificación del hombre y se ejerce el culto a Dios de un modo tal que en ella se instituye aquella comunicación o diálogo entre Dios y los hombres por el cual Dios habla a su pueblo... y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración... Cuando la Iglesia ora o canta, se acrecienta la fe de los que participan y sus almas se elevan hacia Dios a fin de tributarle un culto racional y recibir su gracia con mayor abundancia” (OGHL, 14).

El testimonio de los santos

Los santos de todos los tiempos, los pequeños y grandes, los conocidos y ocultos, nos ofrecen elocuentes testimonios sobre el diálogo y encuentro con Dios en la celebración del Oficio Divino. Oigamos a algunos de estos testigos.

Según Juan Casiano, portavoz del monaquismo primitivo, el canto y recitación comunitaria de los salmos es un ámbito muy apropiado para el desarrollo y acontecer de la oración contemplativa. Recordando sus años en Egipto, escribe: “A veces, en efecto, mientras cantábamos, el versículo de algún salmo ha dado en nosotros ocasión a la oración ardiente”. Otras veces, la ocasión era “la

modulación de la voz cantora de un hermano”; ella excitaba “los ánimos de los oyentes, estupefactos, a una intensa súplica” (*Colaciones*, X:26; cf. X:11).

San Agustín, el gran comentarista del salterio, nos cuenta en el libro de las *Confesiones*, su vivencia de oración comunitaria en la catedral de Milán.

“¡Cúanto lloré con tus himnos y tus cánticos, fuertemente conmovido con las voces de tu Iglesia, que dulcemente cantaba! Penetraban aquellas voces mis oídos y tu verdad se derretía en mi corazón, con lo cual se encendía el afecto de mi piedad y corrían mis lágrimas” (IX:6,14; cf. IX:4,8).

Es verdad que el testimonio de Agustín se refiere a su experiencia de pocos días después de su bautismo. Pero no se trata de un simple fervor principiante. Los salmos serán siempre para el Obispo de Hipona “los cánticos divinos que hacen las delicias de nuestro espíritu” (*Enarraciones sobre los salmos*, CXLV:1).

En santa Gertrudis, monja de Helfta en la segunda mitad del siglo XIII, encontramos el ejemplo más sublime de mística litúrgica. Admito que, en cuanto modelo, tiene sus límites (mujer medieval que pasó su vida en un coro monástico); no obstante, la consonancia entre su intimidad personal y la celebración litúrgica del misterio, es lección válida para todos.

Quizás Gertrudis sea más conocida como la iniciadora de la devoción al Sagrado Corazón que como santa liturga. La verdad es que, en ella, ambas realidades, devoción personal y liturgia comunitaria, eran una sola realidad.

No es fácil elegir un texto de Gertrudis que ejemplifique su vivencia litúrgica. La dificultad no proviene de la carencia, sino de la abundancia. El que sigue a continuación podría servir como preámbulo a muchos otros. Santa Gertrudis se expresa en un lenguaje simbólico, pero confío en que sabrán ir más allá de los símbolos a fin de alcanzar la realidad significada:

“No ignoro, Señor, que vuestra omnipotencia se junta con vuestra infinita sabiduría para dispensar gradualmente las visiones, los besos, los abrazos divinos y las demás demostraciones del amor, conforme a las circunstancias, a los lugares, a los tiempos y a las personas. ¡Oh Señor!, os doy gracias, uniéndome a ese mutuo amor que reina en la adorabilísima Trinidad, por la dulce experiencia que me habéis dado con tanta frecuencia de vuestro beso divino. A veces, cuando me hallaba sentada en el coro, pensando en Vos en lo íntimo de mi alma, o cuando rezaba las horas canónicas o el oficio de difuntos, sucedía que depositabais en mis labios, dos o más veces, durante un solo salmo, el beso del amor, beso sagrado, cuya suavidad excede a los perfumes más exquisitos y a la más sabrosa miel. Muchas veces noté también el amor de la mirada que fijabais en mí y mi alma ha sentido el poderoso apretón de vuestros abrazos” (*Revelaciones*, II:21; cf. IV:12; etc.).

Y los ejemplos de los santos se podrían multiplicar. Concluyo con María Guyart. Nació en Tours el año 1599, murió en Québec en 1672. Casada a los 18 años de edad, viuda con un hijo a los 20, monja ursulina a los 32, misionera en Canadá desde los 40 hasta los 73, edad en que el Señor la llevó consigo a la gloria. ¿La conocen? Fue canonizada por Juan Pablo II. Es más conocida por su nombre de religión: María de la Encarnación.

Les aclaro que María era amiguísima del Señor ya desde mucho antes de hacerse monja. Poseemos dos relaciones de su vida salidas de su propia mano. Un par de años después de entrar al convento escribe:

“Cuando me es descubierto el sentido de los salmos, o de las otras cosas que se cantan en el coro, prende en mí una alegría que no la puedo explicar, porque me siento transportada de todos modos, esto es, interior y exteriormente, por un espíritu de alegría semejante al que tenía David cuando saltaba ante el arca de la alianza. Esto me sucede más especialmente en las

laudes, donde todas las cosas son invitadas, una después de otra, a alabar a Dios, y deseo que mi espíritu se entregue enteramente a estas divinas alabanzas” (*Relación* de 1633).

Veinte años más tarde, encontrándose ya en tierra de misión, nos vuelve a contar de su experiencia en el Oficio Divino.

“Entendí en francés todo lo que cantaban y recitaban en latín, en el coro. Y esto transportaba mi espíritu de modo que, si no hubiese hecho violencia externamente, habría desaparecido. Cantando enardecíame y daba aire a mi espíritu y tocaba los sentidos. Estos participaban de aquel bien, de modo que tuve grandes deseos de saltar y aplaudir e incitar a todo el mundo a cantar las alabanzas de un Dios tan grande y digno, que todas las cosas se consumen por su amor y servicio, y a hacer como la esposa del Cantar: alegrarse y saltar de gozo al recuerdo del Esposo” (*Relación* de 1654),

Hacia la unión con Dios en la oración de Cristo

El mensaje que de estos testimonios se desprende es claro: la Liturgia de las Horas es lugar, como ninguno, de encuentro con Dios. Y podemos deducir algo más. No hay alabanza, intercesión ni acción de gracias sin contemplación de Dios y su misterio. Sólo quien descubre su rostro y su mano actuando en la historia podrá alabarle por su grandeza, pedir su ayuda y agradecerle su acción salvadora. El Oficio Divino despliega ante nuestros ojos el misterio íntimo de Dios y su obra salvífica en Cristo; sólo la fe enamorada permite vivenciar el cara a cara con Dios y el poder de su brazo en el codo a codo de la celebración litúrgica.

Amar la Liturgia de las Horas es amar a Cristo orante y unirse a Él en su Iglesia que ora. Es recibir su Voz y prestarle la propia para alabar la gloria del Padre e interceder por todos los hombres.

Todo esto no se logra ni se recibe en un día. La vida es lenta en crecer. Pero siempre vale la pena –aunque ésta sea mucha– creer y amar, porque sólo así se anticipa lo esperado. ¿Cómo podemos cooperar con la gracia divina para no recibirla en vano? La Tradición nos lo enseña mediante la palabra del Magisterio:

“Para que esta oración sea propia de cada uno de los que participan en ella y se convierta en fuente de piedad y de múltiples gracias divinas y alimento de la oración personal y de la acción apostólica, conviene que la celebración sea digna, atenta y devota, de forma que la mente concuerde con la voz” (OGHL, 19).

Que la mente concuerde con la voz. ¿Qué significa este sabio consejo de san Benito? Al menos, y para comenzar, dos cosas: prestar atención a las palabras y caer en la cuenta de las tremendas verdades que decimos, que Dios nos hace decir.

Y, ¿para continuar? Significa también dos cosas: tomar muy en serio lo que decimos a fin de que la oración modele la vida y se traduzca en conducta; y que nuestra mente concuerde con la voz de cada hermano que celebra la Liturgia de las Horas, hasta llegar a tener entre todos una sola mente y un solo corazón.

Y, ¿para concluir? Dos cosas también: concordar con la Voz del único Orante para que haya en verdad un solo Orante. ¿Y la segunda? ¡Dios lo sabe!

3. PRACTICAR

De nada valdría el conocimiento si faltase el amor. Y el amor no es un mero sentimiento ni un veleidoso “quisiera”, sino un querer que se traduce en acción. La mera doctrina sin práctica no transforma la vida; la práctica sin doctrina no la orienta ni ilumina.

Ardiente invitación

Ya me hice portavoz del Magisterio que nos invita a la celebración de la Liturgia de las Horas. Vuelvo ahora a prestarle mi lengua para que nos diga otra vez su palabra:

“Los grupos de laicos dondequiera que se reúnan son invitados a realizar este oficio de la Iglesia, celebrando alguna parte de la Liturgia de las Horas, cualquiera sea la causa que los haya congregado: la oración, el apostolado u otra razón... Por último es oportuno que la familia, como santuario doméstico de la Iglesia, no solamente eleve a Dios oraciones en común, sino que también observe oportunamente algunas partes de la Liturgia de las Horas mediante la cual se integre más estrechamente en la Iglesia” (OGHL, 27; cf. 23).

“Los laudes matutinos y las Vísperas deben convertirse en la oración de la comunidad cristiana, y su celebración pública o común debe ser favorecida, sobre todo entre aquellos que viven en comunidad. Más aún, también debe ser recomendada su recitación a cada uno de los fieles que no puedan participar de la celebración común” (OGLH, 40).

Girando sobre un doble quicio

Estamos, pues, *invitados*, y en todos los tonos, a celebrar en común o en privado alguna parte de la Liturgia de las Horas. En concreto: los oficios de Laudes y Vísperas.

Sabemos que la Liturgia de las Horas consta de dos momentos *fuertes*: Laudes u oración de la mañana y Vísperas u oración de la tarde; y dos horas *menores*: la Hora Media u oración del mediodía y las Completas u oración de la noche. Consta, además, de un Oficio de Lecturas, llamado también “vigilias” por la hora en que suele efectuarse en los claustros monásticos.

Los Laudes matutinos y la oración de Vísperas son, según la venerable tradición de toda la Iglesia, el doble quicio sobre el que gira el Oficio cotidiano. La Ordenación General, ya tantas veces aludida o citada, nos enseña el sentido de la *oración matutina*.

“Que los Maitines (o Laudes matutinos) se consagren a Dios como los primeros movimientos de nuestra alma y de nuestra mente, y no emprendamos nada antes de regocijarnos con el pensamiento de Dios, según está escrito: me acordé de Dios y me alegré. Ni intentemos ninguna obra corporal antes de hacer lo que está dicho: a Ti suplico, Señor, de mañana escuchas mi voz, de mañana me pongo ante Ti y espero. Además, esta Hora que se celebra al nacer la luz del día, recuerda la resurrección del Señor Jesús, que es la Luz verdadera que ilumina a todos los hombres y el Sol de justicia naciente desde lo alto. Por ello se entiende muy bien el consejo de san Cipriano: hay que orar de mañana, para celebrar con la oración matutina la resurrección del Señor” (OGHL, 39).

Y en la misma Ordenación leemos este otro párrafo que nos ilumina el sentido de la *oración vespertina*.

“Las Vísperas se celebran... para dar gracias por aquellas cosas que se nos dieron en el día y por aquellas otras que hubiéramos realizado rectamente. También recordamos nuestra redención, por la plegaria que elevamos como el incienso ante la mirada del Señor, y en la cual por la elevación de nuestras manos se realiza el sacrificio vespertino. Sacrificio que puede referirse al que fue realizado por el señor en la Cena con los apóstoles, cuando instituyó para la

Iglesia el misterio sacrosanto, o el sacrificio vespertino que Él mismo con la elevación de sus manos ofreció al Padre, el último día, y para todos los siglos, por la salvación de todo el mundo. Y para poner nuestra esperanza en la luz que no conoce ocaso, oramos y pedimos que venga otra vez sobre nosotros la luz y suplicamos el advenimiento de Cristo, que nos alcanzará la gracia de la luz eterna” (OGHL, 39).

Estos dos textos recién citados son un precioso mosaico de citas bíblicas (Salmos, Juan, Malaquías, Lucas) y patrística (Basilio, Cipriano, Juan Casiano). Una oración eminentemente bíblica y tradicional sólo puede entenderse desde la Escritura y los Padres.

Como pueden ver, Laudes y Vísperas, son como un memorial del acontecimiento de la pascua y la última venida del Señor. El simbolismo de la luz que se extingue y vuelve a resurgir significa eficazmente el triunfo de Cristo Luz sobre las tinieblas del pecado y de la muerte.

Con el ritmo de la creación y de la humanidad

Orar en estos momentos, por la mañana y la tarde, nos pone también en solidaridad con el ritmo de la creación y nos hace portavoces de su muda alabanza al Creador. Los Laudes matutinos nos traen el recuerdo del primer día de la creación, cuando Dios creó la luz. Vísperas, al caer de la tarde, nos mueve a la acción de gracias por la vida y nos invita al abandono en Dios, que no permite que perezca nada de lo salido de sus manos.

De igual manera, mediante este doble ritmo de oración, acompañamos la vida de todos los hombres y su peregrinar en la historia. Podemos así asumir todo gozo y esperanza, tristeza y angustia, en la oración de la Iglesia a fin de convertirlos en alabanza y súplica. La vida propia y del prójimo se hacen presentes en la oración, y la oración se hace presente en la vida.

La misma Liturgia de las Horas se encarga, con sus salmos e himnos, preces y oraciones, de poner siempre ante nuestros ojos el sentido cristológico, cósmico e histórico que ella misma encarna.

Estructura de la Liturgia de las Horas

El Oficio Divino se ordena según leyes propias, compone de modo peculiar los *elementos* que se encuentran en las otras celebraciones cristianas. Se estructura de modo que siempre se encuentra primero el himno, después la salmodia, sigue una lectura breve o prolongada de la Escritura y por último las oraciones.

La estructura esencial del Oficio permanece constante tanto en la celebración comunitaria como en la recitación individual. No obstante, es posible hacer *adaptaciones* de otra índole a fin de facilitar la participación.

- Lecturas más largas o más adecuadas (OGLH 46,348,250).
- Homilía (*Ibid*, 47).
- Silencio sagrado (*Ibid*, 48).
- Canto apropiado en lugar del responsorio (*Ibid*, 49).
- Elección de salmos que permitan una mayor comprensión y vivencia (*Ibid*, 247, 252).
- Substitución de formulario (*Ibid*, 247).

– Celebración de oficios votivos (*Ibid*, 245).

Para que no nos perdamos entre tantas cosas, acá vuelco en un cuadro sinóptico las diferentes Horas del Oficio y los elementos que las estructuran; como podrán ver fácilmente, existen constantes y diferencias.

	Laudes	Hora media	Vísperas	Completas	Of. de Lecturas
Introducción	X	X	X	X	X
Himno	X	X	X	X	X
				Examen de conciencia	
Salmodia (Antífona salmo, antífona y silencio)	Salmo Cántico AT Salmo	Salmo Salmo Salmo	Salmo Salmo Cántico NT	Salmo Salmo Salmo	Salmo Salmo Salmo
Lectura (Silencio, respuesta)	X	X	X	X	XX Bíblica y Patrística
Cántico	Benedictus		Magnificat	Nunc dimitis	
Intercesiones (Preces)	X		X		
Padre nuestro	X		X		
Oración colecta	X	X	X	X	X
Bendición	X		X	X	X
Conclusión	X	X	X	Antífona mariana	X

Los salmos, médula del Oficio Divino

Me detengo un segundo en aquello que constituye la parte más considerable del Oficio: los *salmos*. El Salterio, más que un libro, es la síntesis de toda la Biblia, la experiencia de Israel y de la Iglesia hecha poesía y canto. No es, pues, fácil entrar en el mundo de los salmos, y es más difícil aún orar con ellos. No obstante, los salmos son capaces de alimentar nuestra oración y de expresarla a lo largo de toda nuestra vida.

Para orar con el salterio, para descubrir a Cristo en los salmos y a los salmos en Cristo, es necesario adquirir una cierta “instrucción litúrgica y bíblica” (OGLH, 102). No me es posible detenerme ahora en temas que son propios de una introducción a la Escritura. Sólo puedo ofrecerles

unos simples *consejos* que puedan ayudarnos a orar los salmos con mayor provecho en el contexto del Oficio Divino. (Cf. OGLH, 100-102).

- Los salmos fueron compuestos bajo la *inspiración* del Espíritu Santo. Por lo mismo, tienen el poder de ponernos en relación con Dios. Reclaman ser leídos y orados con una actitud teologal concorde con el Espíritu que los inspiró.
- El salterio es un libro de *poemas o cantos*. Los salmos poseen una calidad musical y estética que no puede ser relegada. En los salmos lo intuitivo y afectivo prevalece sobre lo lógico y didáctico; la forma es tan importante o más que el contenido. El salmista comunica un mensaje y se manifiesta a sí mismo; provoca un sentimiento mediante la manifestación del suyo; despierta nuestro sentido religioso y capacidad orante presentándonos su propia oración. El poeta salmíco busca identificarse con el “yo” de cada uno de nosotros, por eso sus salmos pueden convertirse en la oración de todos y de cada uno.
- Orar con los salmos es abrir el corazón a los sentimientos que ellos contienen, cada uno según su *género literario*; es decir, según el modo de expresión, la temática, la estructura y el contexto vital propio de cada uno de ellos. Los salmos pueden agruparse, según los géneros literarios, en diferentes tipos o familias. Por ejemplo:
 - *Súplicas*: salmos 6, 7, 12, 16, 24, 25, 34, 37, 38, 41, 42, 43, 50, 54, 68, 69, 70, 73, 76, 78, 79, 85, 87, 89, 101, 108, 118, 136, 139, 140, 141, 142 (cito según el salterio litúrgico, que sigue la versión latina de la Vulgata y en la mayoría de los salmos difiere en un número del original hebreo).
 - *Himnos de alabanza*: salmos 8, 18, 32, 64, 91, 103, 112, 116, 137, 145, 146.
 - *Acciones de gracias*: salmos 17, 21, 29, 31, 33, 39, 40, 65, 102, 106, 114, 115, 117.
 - *Liturgias centradas en un oráculo*: salmos 3, 19, 53, 55, 56, 59, 84.
 - *Salmos reales*: salmos 2, 20, 44, 71, 88, 100, 109.
 - *Salmos del reino*: salmos 23, 28, 46, 67, 92, 95, 96, 97, 98.
 - *Cánticos de Sión*: salmos 45, 47, 75, 86.
 - *Salmos de peregrinación*: salmos 14, 83, 90.
 - *Salmos graduales o de subida*: salmos 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133.
 - *Petición de bendición*: salmos 66, 143.
 - *Ritual de alianza*: salmos 1, 36, 49, 77, 80, 94, 99, 104, 105, 110, 111, 113, 134, 135, 144.
 - *Exhortación profética contra los impíos*: salmos 9, 10, 11, 13, 27, 51, 52, 57, 58, 61, 63, 74, 81, 82, 93, 107.
 - *Salmos del huésped de Yahvéh*: salmos 4, 5, 15, 22, 26, 30, 35, 48, 60, 62, 72, 138.

- *El sentido literal*, lo que el salmista ha querido decir, es lo primero que debemos tener en cuenta. Los salmos nos cuentan cómo Dios ha intervenido en la historia, nos enseñan a caminar en la vida, nos incitan al agradecimiento, a la alabanza, a la súplica. Expresan lo que somos y vivimos: quejas y protestas, esperanzas y alegrías. Cristianizar los salmos no significa deshumanizar los salmos.
- Después de la resurrección de Cristo, a la luz de la pascua, nos es posible encontrar el *sentido pleno* de los salmos: ellos nos hablan de Cristo (Lc. 24:44). Para esto hemos de tener en cuenta la unidad de toda la Escritura, centrada en Jesucristo, y la tradición viva de la Iglesia. Los Padres y la liturgia nos enseñan a orar cristianamente los salmos como voz de Cristo (o de la Iglesia) al Padre y voz de la Iglesia a Cristo (o sobre Cristo).
- Aprovechemos los *recursos* que nos ofrece la liturgia para facilitar la comprensión cristológica del salterio y para ayudarnos a convertirlo en oración cristiana.
- *Titulos*: indican el sentido y la importancia para nuestra vida creyente; van acompañados con una cita bíblica o patrística que pone de manifiesto la relación con Cristo.
- *Oraciones sálmicas*: recogen y perfeccionan el sentido del salmo y dan forma cristiana a nuestro afecto o sentimiento.
- *Antífonas*: ilustran el género literario del salmo, lo convierten en oración personal, resaltan una frase digna de atención, nos ayudan a la interpretación festiva y vuelven más variada y entusiasta la recitación y el canto.
- Cuando los sentimientos expresados por el salmo no concuerdan con los nuestros, la gracia del Espíritu está pronta a ayudarnos para salir de nuestro individualismo y hacernos solidarios con los hermanos. Orando los salmos en *nombre de la Iglesia* y como miembros de ella podemos siempre gozar con los que se alegran y llorar con los que se afligen.
- En la recitación de los salmos es fundamental mantener una *atención global* al misterio de Dios y de la salvación en Cristo; sobre este fundamento o trasfondo podemos procurar también una *atención particular* a los distintos mensajes que ellos nos comunican.
- El *silencio* que se intercala entre un salmo y otro, está destinado a facilitarnos la acogida de la voz del Espíritu, a unir más íntimamente nuestra oración personal con la oración comunitaria, a crear un ámbito apropiado para la súplica y la alabanza, y a asociarnos con María en su silencio de fe rebosante de amor que anticipa lo esperado.

El Oficio Divino en nuestras vidas

Vuelvo a una de las preguntas con las que inicié esta carta: ¿hay lugar en nuestras vidas para el Oficio Divino? Puedo imaginar lo que ustedes me responderán. Por eso los vuelvo a invitar, sin temor al rechazo, a celebrar la Liturgia de las Horas. Solos o en común, al menos Laudes o Vísperas, aunque más no sea los Domingos durante los tiempos fuertes del año litúrgico (adviento-navidad, cuaresma-pascua) o con ocasión de las fiestas y solemnidades del Señor y de su Madre, la Virgen María.

Hace ya más de cinco años, las Comisiones episcopales de liturgia de Argentina, Colombia y México publicaron el libro que necesitamos: Liturgia de las Horas para los Fieles. Contiene, en un solo volumen, los oficios de Laudes, Vísperas y Completas. ¡No dejen de adquirir cada uno su

ejemplar! ¡La edición está a punto de agotarse! (Les aseguro que no tengo ningún porcentaje en las ventas).

El sentido profundo de la Liturgia de las Horas

Va a sonar la campana para Vísperas. Es hora de concluir. Les ofrezco lo último que me queda.

El *misterio pascual* es el momento cumbre de la historia de la salvación. Toda nuestra vida cristiana gira en torno a él y de él dimana toda nuestra salvación en Cristo. La vida cristiana consiste en la asimilación y participación cada vez más honda y plena en la muerte y resurrección de Jesucristo.

Insertados por el bautismo en la pascua del Señor (Rom. 6:2-13), la hacemos nuestra de múltiples maneras, sobre todo:

- Celebrando la Eucaristía y la Liturgia de las Horas y dialogando sin cesar con el Padre, por Cristo, en el Espíritu y María.
- Esforzándonos y ejercitándonos, con la ayuda de la gracia, para despojarnos del hombre viejo y revestirnos del nuevo.

¿Cómo nos ayuda lo recién dicho a entender el sentido de la Liturgia de las Horas? La Liturgia de las Horas es la celebración del paso de la muerte a la vida: el paso de Cristo y el nuestro en Él. La Liturgia de las Horas es la celebración de la vida. Toda nuestra vida, cristianamente vivida, es liturgia.

“Os exhorto hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual” (Rom. 12:1).

“Ofrezcamos sin cesar, por medio de Él, a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que celebran su nombre. No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente, éstos son los sacrificios que agradan a Dios” (Heb. 13:15-16).

“Acercándonos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida por Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo” (I Ped. 2:4-5).

Sin vida cristiana no hay verdadera celebración litúrgica y sin celebración litúrgica no hay crecimiento ni manifestación festiva de la vida cristiana.

El Oficio Divino –*Opus Dei*– es una obra de Dios en nosotros y una obra nuestra en respuesta a su acción y llamado. En el Oficio Divino hacemos memoria y celebramos la obra de Dios que es causa de nuestra alabanza y acción de gracias. Todo esto lo vivió primero María y sin ella no podemos vivirlo: “¡El Poderoso ha hecho grandes obras por mí, su Nombre es Santo!”.

Con un abrazo grande en la solidaria soledad de María de san José.

Bernardo